

# POPULAR FILM

(SEMANAL)

## El Hombre de Nieve

por  
El Gran Mix



Version  
Narrativa de  
Mabel  
Tantor

# El hombre de nieve

por el artista Tom Mix

THE TROUBLE SHOOTER 1924

(Producción especial Fox)

Versión novelesca de Mateu Santos

## REPARTO

Tom Steele	TOM MIX
Benjamin Brewster	FRANK CURRIER
Francis Earle	HARLER FOXE
Nancy Brewster	KANTLEKEN KAY

## I

Escondida en las quebradas de la Sierra está la fábrica generadora de la Compañía de Fuerza Motriz de Ajax, corporación independiente que lucha por la existencia contra los esfuerzos de otra organización mucho más poderosa.

Se asienta la fábrica en el centro de un anfiteatro natural que limitan los picachos altos de una cordillera a la que las nieves cubren durante casi todo el año.

En su interior, llenos de curiosidad, hojean el periódico del día, Juan Hugby y Dan Bagley, que pertenecen a la brigada de reparaciones; las miradas de los dos hombres han coincidido en el siguiente título que encabeza grandes titulares:

«Pronto se decidirá el destino de las Compañías de fuerza motriz de esta comarca. El Gobierno decidirá la adjudicación de los terrenos destinados a Diques.»

—Ahora ya sé — comenta Juan Hugby — a qué vinieron los funcionarios de Nueva York que están en la Compañía de San Sebastián.

—Esta claro — contesta Bagley — ¿Cómo habita de faltar en este pleito Francis Earle, el sábelo todo? No era posible.

Vuelven a repasar el periódico con voracidad, queriendo salvar la que se oculta tras la anterior noticia. Pero dura poco su tranquila lectura.

Como llovizna del cielo, un hombre se abre el periódico que leen agudizándola con sus botas chuevadas. Es Tom Steele, jefe de la sección de transmisiones, llamado «el hombre de los apuros», porque tiene a su cargo los alambres de alto voltaje del sistema «Ajax», el cual, descolgando un enorme masa por un cable, para embremar a sus amigos, ha caído sobre el tan roto periódico.

Rien todos la broma y el salto; pero no hace lo mismo Scotty MacTavish, propietario de la Compañía de Ajax que ha contemplado la maniobra de Tom Steele.

—¡Tom! — dice el viejo, dirigiéndose al grupo de bromistas. — Haga el favor de venir.

Con gesto contrariado recibe a Tom Steele, que en dos saltos se coloca a sus órdenes y espera el charrón que se le avecina, con una sonrisa que poco a poco normaliza el gesto fiero de su principal, que le regaña con el mismo tono de un padre, ante la diablura de su hijo más querido.

—Tom, de ti depende que la Compañía obtenga la concesión del Dique. Es preciso que llegues a la oficina de Registro antes que los demás... de modo que no debes correr riesgos inútiles.

—No tenga cuidado; soy fuerte y no me sucederá nada. No podría pasarme sin dar rienda suelta a mi juventud que explota en mi cerebro y en mis músculos.

—Si no obtenemos la concesión, nos veremos obligados a cerrar la planta.

—Tomaré parte en la carrera con una condición.

Venimos cuál es, y la tienes concedida.

—Que no fume más en esa pipa apesada!

—Concedido, hombre, concedido. ¿Que diablo de muchacho! ¿Que cosas tiene!

El gesto que comenzó en la cara del viejo aviragrándola, se ha convertido en una amplia sonrisa. Su pequeña humanidad se enorgullece teniendo a su completa disposición aquella otra formidable que vive en la roca figura de Tom Steele en la que músculo por músculo dan muestra de la viril fortaleza y el sereno valor que la acompañan.

Se despiden de Tom con una palmadita en el hombro.

Cuando éste se queda solo es rodeado por sus dos compañeros, desearios de saber lo que el viejo le dijo.

Costales su conversación con el propietario, y alegremente, sin vacilación y sin darle importancia, les dicen:

—Tomaremos parte en esa carrera y la ganaremos, aunque sea la última que hagamos por el viejo.

## II

La Planta de San Sebastián, que es una amenaza constante para la «Ajax», por razón de sus extraordinarias dimensiones, está situada también al

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### ESPAÑA

Un año.	12 Ptas.
Seis meses.	7 "

### EXTRANJERO

Un año.	18 Ptas.
Seis meses.	10 "

Redacción y Administración: CALLE ARIBAU, 121. — BARCELONA



pie de la región montañosa y en parada de esta, por unos kilómetros lanzados a través de las nieves que todo lo hacen en esta temporada del año.

Benjamin Breuster, propietario de la Planta de San Sebastián y de otras igualmente importantes de la comarca, es la anttesis de su contrincante Scott Macavieja.

Alto, aguileño y poseedor de una fiera varietal, mundo inglés, está acostumbrado a manejar hombres y millones, y tiene seguridad en el triunfo de sus humberes y sus derechos en la cuestión del Dique.

Viudo y rico, su mayor preocupación gravita sobre su única hija Nancy, audaz criatura de carácter autoritario y desviado, y cuyo mayor encanto vibra en la masculinidad de sus costumbres tan poco en consonancia con su belleza y aparente fragilidad.

Benjamin Breuster, no tiene más que un defecto: Se halla rodeado de gente desaprensiva y que no retrocede ante las mayores canaladas con tal de alcanzar en su favor el carácter heroético del anglo-sajón, que no por esta dejó de ser nunca recto, bueno y honrado.

Buena prueba de esto es la conversación que en su despacho mantiene con sus hombres de confianza, entre los que sobresale, por su mayor intimidad con el propietario, Francis Earle, hijo del vicepresidente de la compañía, que se pasa la vida buscando, para demostrar que es un hombre inteligentísimo.

Acaban de presentarle al que ha de defender los derechos de la fábrica en el asunto del Dique, y pregunta a Francis Earle si tiene confianza en que podrá obtener la victoria para la Compañía.

—Sí— contesta Earle— es el mejor hombre que pudimos encontrar entre los operarios para tomar parte en la carrera. Es el más veloz de todos... sin contar a Tom Steele, el de la «Ajax».

—Si tan bueno es ese Steele ¿por qué no trabaja con nosotros?— pregunta extrañado Breuster.

—Trabaja con la «Ajax» desde que se fundó la Compañía y es muy leal a los suyos.

—Razón de más para que estuviera con nosotros. Operarios como él son los que necesitamos.

—No hay que apurarse... Hasta los leales tienen precio...— contesta irónico Francis Earle.



Enfrente al caballo Tom y uno del grupo de sus compañeros.

Alega para Breuster, en el recinto con que comenzó sus tareas el pedante, que no le satisfacen.

A él se dirige especialmente — aunque habla en plural — con el gesto duro y espontánea necesidad en la mirada.

—Oigan bien lo que les digo: lo que yo obtenga ha de ser por la fuerza y sin trampa... Y lo que digo por mí — continúa amenazador — lo digo por toda la Compañía... Está claro?

Se miran todos extrañados, ante lo que creen suprema necesidad del viejo Breuster. Pero está en su decisión el propietario de la «San Sebastián» tan resuelto, que van saliendo de su despacho asegurando se hará como desea.

### III

Entre tanto, la cuadrilla de «Ajax» buscando apuro, trabaja convida sin suponer que una cuadrilla de malhechores a las órdenes de Earle, trabaja en la sombra para anular todos sus esfuerzos y matar de este modo a la Compañía a la que quieren sus egoístas voluntades mantener, aunque para ello tengan que dejar en la empresa su vida entera.

Trabaja Tom Steele con furia sobre los cables de la «Ajax», haciendo pruebas por salvar el apuro, en medio de la noche, sin que le impongan miedo los fríos del amanecer que hielan hasta la sangre de las venas. Trabaja alegre tarareando su canción favorita que habla de amores y alegrías por él no conocidas, pues Tom Steele a pesar de su buena figura y de no ser mal parecido, jamás rindió su corazón al amor, a pesar de que muchas lagartijas buscaban con sus miraditas gachonas y fingidas sonrisas, atraer hacia su redil, al simpático muchacho jefe de reparaciones — ¡ahí es nada! — de la «Ajax».

Cuando los operarios del «buscador de apuros» terminan su faena y de vuelta a sus casas cabalgan a pleno sol, el insolito disparo de una pistola automática les sale al paso. Suédense los tiros, y extrañado Steele cesa el paisaje procurando alcanzar con su mirada al tirador, oculto, sin duda, por los quebraduras del terreno.

Adelanta su caballo, Tom, y ante del grupo for-

mado por sus compañeros, dispuesto a dar alcance al que tira escondido y castigarle por su trampa; pero bien pronto se cambia en sonrisa la dureza de su gesto, pues al doblar un recodo del camino, contempla una escena más digna de hilaridad que de pánico.

Nancy Brewster, la hija del propietario de la plantación de San Sebastián, había salido a pasear aquella mañana y se había perdido entre los intrincados laberintos del bosque nevado, sobre cuyos senderos había la nieve tendido su manto de confusión.

No se daba cuenta Nancy de lo que pasaba a su alrededor, pues caminaba pensativa, cuando al volver a la realidad, «ó muy cerca de él un enorme oso que la miraba con curiosidad.

Así y todo no se amilanó la mujercita, y a pesar de que no las tenía todas consigo, montó su pistola y disparó sobre el animal que parecía querer acortar distancias.

El oso, aturdido por el ruido en principio, se lanzó hacia la joven, que ya en franca huida, disparaba sin ton ni son, todas las balas de su pistola, la última de las cuales agujereándole el sombrero, puso sobre aviso a Tom Steele que en aquel momento veía la, para él, cómica persecución.

Salto el muchacho a una zanja antes de que una segunda bala le agujerara el cerebro, al que tenía en gran estima, y desde allí perclino a la joven que, aserrada, tiraba su ya descargada pistola y huía presa del terror, de la fiera que jugueteaba y sin haber sido alcanzada por los proyectiles de la muchacha, hablaba abandonado en su huida y tranquilamente mirábala correr desparavida.

Tom Steele, creyó que se trataba de una loca o de una imbecil y no sólo lo pensó sino que dirigiéndose a ella y a gritos, la dijo:

—¡Oiga! ¡No siga disparando! ¡Es usted una imbecil!

Nancy, viendo que el oso no se preocupaba de ella, y avergonzada de que la diesen nombre de aquella manera, exclamó enfurecida:

—¡Basta de insolencias, intruso!... Soy una dama...

—Usted dispense, señorita, pero esos usos son malos... Está usted en terrenos del Gobierno, que protege a los animales de cuatro patas.

—Pues el oso aquel no tenía ningún letrero que dijese «mamón».

—Verdaderamente; pero no debe de ser usted de esta tierra, porque por aquí todos tenemos pruebas de su mansedumbre. ¿Es usted farastera?

—Sí — contestó Nancy. — Llegué ha poco de Nueva York y me he extraviado por estos bosques.

Y ahora, dígame: ¿conoce usted a alguien que pueda mostrarme el camino para regresar al valle?

—Sí: uno tengo señorita; ahora le verá usted, dice Steele, y poniendo sus dedos de manera particular sobre la boca, lanza un silbido, al que contesta un relincho y el galope de un caballo que pronto aparece a la vista de la asombrada Nancy que acaricia al noble bruto, que parece comprender el halago de su caricia.

—¡Que caballo tan hermoso!... Y no me tiene miedo — dice sin dejar de acariciarle.

—¡Ojalá fuera yo como él...

Una franca sonrisa y una mirada capaz de encender el pecho mejor abroquelado, contestan a

Tom desde los ojos y la boca de la encantadora Nancy.

Se dispone Steele a conducir a la muchacha hasta el valle; monta ésta en el caballo y se despiden Tom de sus compañeros diciéndoles:

—¡Sigan ustedes su camino, mientras yo conduzco a esta joven a San Sebastián.

Juan Hugby y Dan Hugby, sus compañeros de bogada, contemplan a la pareja, a la que saludan, y vuelven a continuar su interrumpido camino con una sonrisa en los labios.

#### IV

A Francis Earle no le preocupa el buen deseo de Brewster, ni se preocupa por los borrados medios que quiere emplear el propietario de la plantación para triunfar. Rodeado de Connors y de sus secuaces, comenta los buenos deseos del padre de Nancy.

—Brewster tiene unas ideas muy raras. Lo mejor es que nosotros arreglemos la carrera por cuenta propia.

Ante el asentimiento de los que le rodean, continúa:

—No me importa de qué medios se valgan, pero es preciso que los nuestros lleguen primero a la Oficina de Registro a inscribirse y...

Va exponiendo el camalla, sin abandonar la mueca vergonzosa que se quiebra en su boca, todo el plan de campaña.

No le preocupa el que Tom Steele viva o muera, le interesa únicamente, que no llegue a la meta el representante de la «Ajaja».

Todos los medios son buenos para conseguirlo, y acuerdan que la plantación «San Sebastián» presente cinco corredores para la prueba, cuatro de los cuales se han de dedicar exclusivamente a impedir el triunfo de Tom, el cual lejos de suponer los peligros que se le avecinan, conduce a su caballo y a la bella amazona que le cabalga fuera del bosque.

Tom lellá se siente en su papel de guía que no sabe ni lo que dice a la bella Nancy, que tan pronto pone los ojos en su guía como los eleva al cielo y los deja expansionarse en el paisaje, sugestionada por tanta belleza.

—Qué hermoso! ¿Verdad? — dice Nancy mirando a Tom que la contempla embelesado.

—Sí, muy hermoso.

—V qué claro y azul está el cielo hoy!

—Sí, clarísimo.

Al llegar al camino real, nota Nancy que ha perdido el guante.

—La habrá perdido usted — la dice Tom — al montar a caballo.

—¡Tal vez...

—Si quiere regresaré a buscar el guante de usted... y nos encontraremos al pie del sendero.

Tom — ¡hombre al fin! — sin esperar contestación, desmonta sus espaldas de la grupa del caballo y se lanza a una vertiginosa carrera ante los asombrados ojos de su preciosa compañera, la cual continúa caminando, como la dijo, hasta el pie del sendero donde espera la llegada de su acompañante.

Apenas Steele ha perdido de vista a la muchacha, saca de su bolsillo el guante que ella cree perdido y lo besa con fruición de enamorado. Los





¿Qué caballo tan hermoso? — ¡Eso es un lindo animal! — ¡Dios me libre de equivocarme!

claros ojos de Nancy observan el milagro y a solas, en plena naturaleza, aquel corazón de niño de treinta años, presintiendo una futura felicidad, se entusiasma contemplando la prenda de la primera mujer que ha puesto en su corazón una alborada y le ha hecho latir presa de una emoción hasta tal instante no sentida.

Al final del sendero, ya en el valle, distinguen sus ojos a Nancy, y a ella se dirige, deslizándose sobre los esquís desde la alta meseta nevada, con tan formidable impulso, que bien parece le nacieron alas en los pies la misma que le nacieron en el espíritu.

Contempla Nancy el veloz desfilante y se siente sobrecogida por el peligro que cree corre el simpático jefe de la brigada de reparaciones de la «Ajax», que ya al final de su carrera y ante imprevisto obstáculo cae sobre la nieve apuradamente.

Corre Nancy hacia el lugar donde cayó, presa de mortal angustia, creyendo a su llegada encontrarle hecho pedazos.

Su sorpresa no tiene fin: sólo los esquís encuentra en el sitio donde cayó y no acierta a comprender dónde fue a parar con sus huesos el caído.

Una carcajada que suena a pocos metros, la hace ver, sorprendida, un acanto que entre la nieve la saluda con el guante perdido. Tom Steele la ha gastado una broma que ambos ríen, dispuestos a continuar su interrumpido camino.

La Fábrica de San Sebastián, a tiro de fusil,

eleva su mole gris, sobre el umbral de la nieve que ríe bajo el sol.

— ¡Genial, Hombre de Nieve! — dice Nancy al verse próxima a su travesía — pero ¿qué le pasa?

— No es nada... Creo que me he rota el tobillo — contesta Tom que camina pensativamente y arrastra el pie lastimado en su anterior caída.

— No puede usted continuar así: es imposible.

— Esto no es nada; no se preocupe, señorita. Ya falta muy poca.

— Falta lo que falta: no puedo consentir que continúe de ese modo. Monte a la grupa del caballo. No crea que le pase nada llevándonos a las dos durante un rato.

Si a Tom Steele, le hubiesen ofendido el acero de un imperio en aquel momento, seguro es, que le hubiera despreciado por no bajar de su caballo.

En la vida duran poco los momentos felices y aquel término, La Fábrica de San Sebastián abre franca sus puertas de hierro a su dueña y señora. Antes de despedirse, ya más en confianza, se atrevió a decir Tom a la desde aquel momento señora de sus pensamientos:

— Es usted encantadora, señorita, pero francamente, ha habido un momento que la he sentido mole.

— ¿Y sigue usted sentiéndome mole?

— Mucho... poco no importa.

— Pero todavía no me dice usted quién es, Hombre de Nieve, ni con tono de reconciliación Nancy,

— Soy uno de los que andan siempre en «capomano».

— Ahí. Es usted casado, entonces.

— No. Todas mis inquietudes tienen que ver con la Compañía «Ajax». Cada vez que se acaba a perder una línea, a mí me toca componerla. Para mí me jagan.

— Pues una noche en que no haya «capomano» vana a visitarme, para que le dé las gracias por haberme conducido a casa.

Primero Tom sacó el «pel» se despidieron y Nancy penetró en su casa.

Siguió Steele con la vista hasta que vio cerrarse la puerta tras ella, y montando a caballo de un salto, se perdió a galope entre los árboles que bordeaban el camino, seguido, hasta que le perdieron de vista, por los ojos de Nancy, que tras los vidrios de su ventana contemplaba al finete, sin hacer apenas caso de su pretendiente Francis Earle, que le cuenta en broma, según con curiosidad sus movimientos desde que penetró en el salón, en cuya centro la esperaba molesto, por el poco caso que le hiciera y volvió al escuchar el sonoro galope del que se alejaba.

— ¿A qué viene tanto interés? ¿Algún hombre? preguntó con marcado retintín.

— Sí, todo un hombre! contestó Nancy incapaz de consentir, sin castigo, que nadie se entrometiera en sus asuntos.

## V

Por la noche, en plena tormenta, los oboscadores de apuroso finen más trabajo que nunca, pues han de luchar con averías importantes que los árboles desajados por el huracán, causan sobre los cables de la «Ajax».

Lucha Tom bravamente con el huracán enfurecido, queriendo rimar con la incommensurable fuerza de su empuje soberbio; la poderosa energía de sus músculos de acero.

Entretanto, en el palacio de Benjamin Brewster, su encantadora hija se divierte acompañada de su admitido pretendiente, Francis Earle.

Al compás de la quechada musicuilla de una gramola, que chabacanos canciones un teatro, Nancy y Earle danzan alegres ante el propietario de la «San Schaziana», que contempla con malhumorado gesto el interminable trizado de la danza moribunda.

Nancy, alacada y juguetona, en uno de los momentos del baile, tropieza en una pila de tigre que ahora exhibe la habitación y que sobre su padre, que no pudiendo resistir tanta banalidad, pregunta enfadado:

— Por qué no se dejan ustedes de misterios y hacen algo que valga la pena?...

— Pero papá, si estoy leyendo un libro que trata de un gran hombre... Ahora que no toda se lo hemos de dar a los placeres útiles: algo debemos de dejar para lo solamente agradable y aunque no nos reporte otra utilidad que la de distraernos...

Nancy, para demostrar que verdaderamente se preocupa de lo trascendental, corre a buscar un libro que sobre un batatón duerme el sueño de toda la olvidada; y se lo entrega a su padre para que lo examine.

Recoge este el libro que su hija le muestra y lee

la cubierta, en la que campea en doradas letras el siguiente título:

«El sermón apasionado en una de cuyas páginas interiores se lee: «Tomás Edison, el Hijo de la Electricidad».

Siente Brewster con íntima mueca al leer esto, y contempla embelesado y risa a la muchacha, que curiosa pregunta:

— Dime, papá, ¿usa Edison un capote blanco y negro?

— Mira hija mía: Edison es un sabio, y aunque le sea capaz de tener cuantas caprichos quiera, no me parece que le ha de dar por esas combinaciones estrafalarias. El invento de la lámpara incandescente y del kinetoscopio no es ningún aporral, y se le ocurre un poco más de los grandes problemas científicos que de las grandes estupideces de la moda.

Dijo esta con aire enfático Brewster, y no queriendo aburrir a los jóvenes que le escuchaban sonrientes, se despidió y salió del salón con precipitado paso.

— Ojalá que papá pase contento la velada... Se ha llevado el libro que yo leía.

— Al pensar — dijo Francis — no le debe de parecer su friolerosidad tan mal cuando se lo lleva. ¿Me figura que no será para evitarte su lectura?...

— Que haga lo que quiera... Vamos a dejar esto. ¿Quieres que continuemos la danza?

— Como quieras.

Volvió el gramofono a dejarse oír y volvió la pareja a lo agradablemente inútil.

Tom no quería que sus compañeros de hospedaje se enteraran de ciertas cosas... Le agusta el pensar que puedan llegar a conocer lo que pasa en su corazón y se esconde de ellos, para que no vean la ardorosa llama de su acicalamiento. Porque Tom quiere presentarse en casa de su amada con todo el decoro propio de un hombre de sus modales.

Oculto y escondido tras del espejo del tocador, tiene Tom el traje de última moda que ha unos días compró para cuando llegase la ocasión temida y amada.

Los compañeros de hospedaje, que han notado algo de anormal en Steele, observan por el ojo de la cerradura el acicalamiento del enamorado, al cual, cuando ya se cree de punta en blanco, se perfuma con un pulverizador y se dispone a salir de dos mil alfileres.

Las risas contenidas de sus compañeros, son percibidas por el fino oído de Tom.

A caballo, y en medio de la noche, se lanza Tom en pos del amor.

Es tarde: la casa palacio de Nancy eleva ante sus ojos atónitos su moderna línea fastuosa y señorial.

Dentro de la casa y en el mismo salón en que otrora día les presentamos, se encuentran al padre de Nancy, ésta y Francis Earle, pretendiente oficial de la joven millonaria.

Brewster lee; Nancy se aburre; Francis deja al tiempo correr, y espera.

— ¿Quieres un vaso de whisky, Francis? — pregunta Nancy por decir alguna cosa que a su pretendiente interese.

— Como quieras — contesta él — nunca mejor que ahora ha de sentirme: tengo frío a pesar del fuego de la chimenea y a pesar del fuego de tus ojos.





Se despiden Nancy y Beuster a la muchacha hacia el Valle monta sola en el caballo...

—Siempre fuiste muy galante con las damas y con el whisky; bien vale tu galantería que te demostramos agradecimiento ambos. Toma; — dice ofreciéndole el vaso prometido. — Beheré yo también. Estoy muy aburrida. ¡Qué largas las horas y que monótonas! A este delicioso rincón del mundo todo llega, menos la emoción. ¡Oh, que aburrimiento!

Bebe Francis con fruición después de haber brindado con la muchacha, e intenta ésta hacer lo mismo; pero antes de que lleve la copa a sus labios su padre, que la está contemplando hace unos instantes, se lo quiere impedir.

—Pero, hija mía — dice Beuster. — ¿qué haces? No me parece muy correcto el que una señorita beba y fume como un galán cualquiera.

—Papá, por Dios, no pongas esa cara... ¿Qué tiene de malo beber un traguillo de cuando en cuando?

—No estoy acostumbrado a ver tales costumbres en una señorita que se precie de tal... y no quiero acostumbrarme tampoco.

Beuster se levanta indignado, y arrojando enfadado el libro que leía, sobre una butaca, se retira a sus habitaciones particulares llevándose en su rostro la señal del disgusto que le causan las genialidades de su hija.

Es en este momento, cuando Tom, que ha dejado su caballo sujeto, se decide a entrar y llama a la puerta de la casa de Nancy.

Mándale pasar Nancy, al ser anunciado, y sale contentísima a recibirle.

—Y cómo está mi «Hombre de Nieve»? — dice, tendiéndole la mano. — Francis, tengo el gusto de presentarte al «Hombre de Nieve»; así gusta en la

excursión del otro día... Francis Earle; uno de mis mejores amigos.

Salúdanse los dos hombres con sequedad; sus miradas hostiles se chocan y se desprecian mutuamente.

—Sí, he oído hablar de usted — dice Francis.

—¿De veras? Pues yo también he oído hablar de usted... ¡Fíjate!

—Ah, sí? ¡Cuánto me alegro!

—Nancy, que observa a los hombres, viene en auxilio de Tom, un poco asombrado con la presencia de Earle.

—¿Qué tal el pie? — pregunta — ¿Le impide andar con normalidad, todavía?

—Todavía sí; pero no es nada... Ya pasará.

Tom nunca se hizo tal daño en el pie; si el día de su encuentro simuló lastimarse el tobillo, fue por cabalgar unido a la mujer de sus sueños. No se acuerda del pie que dijo haberse lesionado.

Nancy nota que el pie que hoy aparece como debilitado por la lesión, no fue el que simuló lastimarse aquella mañana.

—¿Qué más? Ayer era en el otro pie... — se dice a sí misma. ¿Estaré confundida? «Hombre de Nieve» — dice en voz alta, — no esté usted de pie; siéntese aquí a la orilla del fuego.

—¿No crees que se derrita tu «Hombre de Nieve» si lo pones tan cerca del fuego? — dice Francis, molesto por los miramientos con que Nancy trata a su guía.

—Es que me encanta arriesgarme... Ahora que no creo que tan fácilmente pudiese el fuego con mi «Hombre de Nieve».



—Señorita, por favor: no debe aceptar alcohol de ningún tipo.

## LA SED DE

es el título de la  
santa novela que  
remos en el núme  
mo, interpretada m  
mente por las si  
artistas Leatrice  
Edmund B.

**¡POPULAR**  
es la mejor m  
cinematogr

ADQUIÉRALA Y VE C



Después de esto es el palacio de Benjamin Franklin, en Washington, D.C., la escena, interpretada por la actriz Leatrice B.

Nancy ha preparado el whisky y ofrece a Francis y a Tom.

Steele no bebe nunca y se lo dice.

—Señorita, por favor: no bebo ninguna clase de alcohol.

—Ah! Es uno de esos hombres que sólo beben el aire de las grandes alturas, impido y purificado! —dice Francis, que quiere a toda costa hacer perder los estribos a Steele.

—Espere un momento.

«Hombre de Nieve», quiero obsequiarle. No quiero que esta visita le deje un mal recuerdo.

Sale Nancy presurosa de la habitación y quedan solos los hombres. Está Tom sentado



Tom Steele, que hace todo lo posible por no beber.



## ED DE ORO

culo de la intere-  
vela que publica-  
el número próxi-  
orelada magistral-  
or los simpáticos  
Leatrice Joy y  
nd Burns.

ILAR FILM  
mejor novela  
atográfica!

A Y SE CONVENCERÁ



Rosie está explicando a Tom de por qué se casaría a tales horas en la tabata



El momento para ligarse que ocurre  
en la escena

frente al fuego,  
y apoyado en la  
chimenea, Fran-  
cis, que vuelve  
la espalda al vi-  
sitante.

Pasaron unos  
segundos en si-  
lencio. Francis  
se dirige a Stas-  
le, y sonriendo  
muy amable, le  
dice:

—Nancy es  
una excelente  
muchacha, pero  
la encantan las  
bromas... Le  
aconsejo que no  
se la tome muy  
en serio.

—Sí señor, los  
conozco a las  
personas ilusos-  
necidas, ni se  
los due ni se los  
acepto: Esa su-  
necida puede e  
gostarse cuantas bromas quiera... Toda la  
admiración tratándose de una mujer.

—Supongo que sabe usted que ella y yo nos  
vamos a casar...



El día del sábado, que lleva la cuenta como por sus días más del tablero  
le hace volver al lado de Tom

—No sabía nada.

Volvió Nancy con un vaso de leche para obsequiar a Tom. Se sonrió Francis de la leche y...

—¿No quiere mejor que se le den en una botella... con un biberón? — dijo.

Steele se puso en pie. Francis asustado por haber llegado tan lejos, dio un paso atrás ante la actitud de Tom. Nancy quiso contener a los dos hombres, pues veía el peligro de una escena molesta.

El perfume se hacía cada vez más molesto. El pulverizador que Tom se había metido en el bolsillo de la americana sin darse cuenta, hacía de las suyas.

—Tengo que pedir perdón por este aroma atroz — dijo Nancy... — Mi cocinera tiene un gusto detestable para los perfumes...

Tom, nervioso cada vez más, hubiese dado un año de su vida por haberse encontrado lejos de aquella casa, de aquella mujer, y sobre todo de aquel hombre.

—Tengo que irme — dijo... — Me parece que he sido bastante divertido para una noche...

Y se lanzó por su pelinea, dispuesto a huir de aquella casa para siempre.

—¿Qué le pasa «Hombre de Nieve»?... ¿Se ha enfriado?... Y se acercó a él queriendo retenerlo, temerosa de que marchase disgustado.

—Estoy helado, sí... Y voy a ver si tomando algo fresco me desentumasco...

Abrió la puerta, lanzó una mirada de reo a Francis Earle, y sin despedirse se lanzó a la calle, perseguido por las ágiles notas de una corejada burlesca que Francis Earle lanzaba a plena pulmón para afrontarle aún más. Se vengaba así de las atenciones que le prestara Nancy.

Tom desató su caballo; acarició la fina cabeza del noble bruto, y como si pudiese comprenderle le dijo:

—Otra vez me equivoqué, Tony... ¡Yo creía que era distinto!...

Y se lanzó a galope fróntalmente sobre la tierra helada, sin darse cuenta, que un mal paso en la oscuridad podía costarle la vida.

## VI

Tom no puede olvidar aquellos ojos brillantes y aquel cabello negro, cuya visión le persigue durante sus luchas contra los elementos que amenazan las líneas de la «Ajara».

Le encontramos en este momento al frente de su brigada de reparaciones, serrando un árbol gigantesco que amenaza desplomarse sobre la línea de cables de alta potencia de la «Ajara».

El hacha, manejada por el empuje fuerte de su muñeca, muerde el tronco vorazmente, preparando la mutilación del formidable hijo de la selva... Ya falta poco: los golpes que han de humillar al coloso se suceden rápidos y poderosos.

Nada más falta para precipitar el exodo de la fuerza que el último empuje de la hacha.

—Este árbol caerá precisamente sobre aquel material — dice Tom a sus compañeros.

El material que señala Steele está situado a unos cien pasos del lugar en que se encuentran.

¿Qué ajeno está Tom a que tras la masa, sobre la que ha de caer el árbol, unos ojos le acechan escondidos y se estremecen contemplándole?

Nancy, amante de la soledad y del bosquejo,

admirativa escondida la ruda faena: no supone el peligro que corre, como él no sabe que su intento amenaza al amor de sus amores; a la que hizo latir su corazón con lausitad fuerza.

—Prepararse — dice a sus compañeros — cantos a darle el golpe de gracia.

Hasta aquel momento Nancy no se ha dado cuenta del peligro: ahora sí; la caída del árbol es inminente; el extremo de su copa está en brazos de la horizontal y viene hacia ella... Quiere huir, y un grito se desgarró en su garganta, patético...

Tom la ha vista, por fin, y ante el asombro de sus compañeros que le ven unido al peligro, se lanza inflexible a salvar a su adorada... Un estruendo formidable da cuenta del fin de la faena. El material quedó aplastado bajo el peso del árbol caído... A un metro de distancia, fuera de peligro, Tom y Nancy se miran cara a cara... Un segundo más tardía la ayuda de Tom, y el cuerpo de Nancy hubiese sido deshecho entre el ramaje quebrado.

—Se puede saber por qué quiso echarme encima ese árbol de Navidad? — dice Nancy apenas repuesta del susto.

—Perdón, señorita — dice Tom. — Ayer estaba que su presencia estuviese embelleciendo estos parajes. ¡Estaba usen tan escondida!

Pero ¡oh el endiablado orgullo! No le deja resistir a la tentación de darle una lección, y volviéndole la espalda sin contestar, se aleja precipitada de su lado, sin mirarle.

Tom mira el cielo encapotado y terrible, y la ve alejarse quizá para siempre.

—Se aproxima una tempestad, señorita... y la mejor que puede usted hacer es regresar a su casa — dice Steele.

—Muchas gracias. Iré a donde me parezca... y usted... ya sabe a dónde puede irse...

Se aleja, dejando a Tom desolado ante las bocanadas de sus compañeros que han contemplado la escena. Quiere seguirle; pero... la faena le espera; el último árbol, embudo y amenazante por la corriente que mina sus entrañas, parece dibujar sobre la línea el signo de un peligro.

—A él, compañeros. Vámonos a trabajar a ese presumido, que intenta jugarlos una mala pasada, antes de que estalle la tempestad.

Se dirigen a él, pero antes de llegar, las nubes bajas y terribles, movan entre sí, y un espantoso estallido, seguido de un pavoroso trueno, braman en el cielo el zafarrancho de combate. El alma de la nube que tienen encima de sus cabezas, ha rasgado el éter y conducido a informes nevadas, al último coloso.

—¡Ah! La Naturaleza terminó nuestra obra...

A casa, compañeros. Procuremos escapar de esta amenaza de los cielos.

En lo más lejano de la cascada, la tempestad sorprende a Nancy. Azota la lluvia su rostro. Adhiérense a sus piernas sus falda moladas impidiéndola caminar... Ningún sitio en que guarecerse descubre su vista, y el cielo, cada vez más líbrigo, desátase en vullidos que como el huracán ululando frenético... No puede más... El agua que cae de los cielos hieba sus huesos... El caudal de la afluencia.

Ahora le pesa no haber seguido el consejo de Tom. Venida, sin fuerzas para luchar con el ven-



daval y con la lluvia, con desmayada sobre las zarzas del camino.

\*\*\*

Tom comprende la mala situación en que debe de hallarse Nancy y se siente atraído a desahogar la tormenta imponente, una tal de servirle de ayuda.

—Vayan, ustedes adentro... Yo iré en busca de la señorita Brewster —dice a sus hijos, decidido.

—¿Pero qué va usted a hacer, hombre? Es exponerse en balde... No la encontrará, y el refugio está distante de estos lugares.

Tom no les oye a fuego, no airado. Espolea a su caballo y se lanza a la cañada, dispuesto a salvar a Nancy de su angustiosa situación.

Va está casi decidido a volver grapes, cuando al dar vista a una querubina percibe el cuerpo de Nancy, abatido, entre las rocas y las zarzas.

Brinca como un caballo loco su corazón, y salta Tom del caballo para acercarse a la mujer querida... Vive, está desmayada solamente... ¡Con qué dulces las rudas manos de Tom procuran reanimarla!... La lleva hasta su caballo, en el que monta, llevándola en sus brazos...

Está desorientado, pero pronto se da cuenta del lugar en que se halla, y se dirige rápido al refugio que no muy lejano les ofrece protección.

En la intrincada de la cañada se halla el refugio encajado, y a él llega con su preciosa carga, Tom Steele, que hace todo lo imaginable para lograr que vuelva de su desmayo su adorada Nancy.

\*\*\*

En casa de Benjamín Brewster, todo el mundo anda de cabeza. Todos los hombres de la plantación de San Sebastián se han puesto a la busca de la hija del propietario de la fábrica.

—Nadie ha podido encontrar rastro de la señorita... y no puede hacerse nada hasta mañana temprano... El temporal es horrible.

Desesperado, amenaza al cielo el padre de Nancy, la cual, ajena al dolor de los suyos, e inconsciente en su desmayo, yace en el único lecho del refugio, en el que la ha acondicionado el bueno de Tom Steele, que no se ha dado cuenta de que en la techumbre del refugio, un huésped extraño, con-



En casa de un pueblo muy bello, rodeada de montañas y flores, Tom Steele se encuentra a la hora amada.

templa sus movimientos, dispuesto a interrumpir su tranquilidad en el más insignificante momento de descanso.

Es el huésped un leopardo joven, que al ver interrumpida su guardia, saca a los Tom, que tiene que desarrollar toda la titánica fuerza de su musculatura para desalojar de la cabaña a la enfurecida fiera.

Vuelta Nancy de su desmayo, merced a los repetidos cuidados de Tom, pide explicación a éste, del por qué se encuentra a tales horas en la cabaña en su compañía.

Explicata Tom en el estado en que la encontró

en el bosque y la imposibilidad absoluta de haberla conducido a su casa.

—No tenga miedo alguno, señorita; está usted libre de todo peligro a mi lado; además, el refugio es seguro. No tiene nada que temer. Tranquilícese.

No puede, imposible. El ojo del caballo que desde la cuadra asoma por una parte rota del tabique, la hace coquetear al lado de Tom que ve su miedo.

Tom Steele se está preparando para pasar la noche lo más cómodamente posible. Arregla la cama para Nancy; asegura las puertas y ventanas azotadas por el vendaval, y busca alimentos en la reserva del refugio.

—Mientras yo preparo la demás, usted puede guisar la cena —dice Steele a Nancy, que contempla sus idas y venidas, desde un rincón de la cabaña.

—¿Yo no he guisado jamás? —contesta Nancy, molesta por lo que ella cree un insulto y como tal inaceptable.

—Por ignorancia o por pereza? —Vuelve a decir Tom a quien le ofende el exagerado orgullo de la muchacha. —Está bien; la haré yo también, no se preocupe.

La cena de Tom no fué un éxito ni mucho menos. Muy pocos elementos y muy pocas dotes de cocinero; pero en fin, algo útil y sobre todo algo comestible y no de tan mal gusto como mal aspecto.

Nancy apenas probó bocado. Estaba desasosegada, nerviosa. Temía a la noche y a la compañía de Tom.

En un momento en que éste estaba contemplando cara a cara, la dijo enfadada:

—Yo me quiero ir de aquí!

Tom, imperturbable, contestó:

—Si se empeña, puede irse a dormir bajo la lluvia. Yo aquí me quedo...

Fuera, continuaba la tempestad con la poderosa batuta de su fuerza, dirigiéndola el imponente concierto. Ululaban los lobos enfurecidos. Temblaba el bosque agitado por el huracán y mil centellas cruzaban el cielo en todas las direcciones, bordando en él el signo rápido de su quebrada luminosidad.

—Elija usted — continuó Tom — entre los lobos y yo. Ellos parecen muy interesados... No sea usted chiquilla... Acuéstese y descanse, que bien necesitados están sus nervios del reposo... Duerma tranquila; yo le haré también en estas sillas, y si mañana mañana el temporal, le conduciré a su casa, donde su papá estará intranquilamente esperando.

—Pobre papá!

—Bien; esta muy bien su exclamación, pero acuéstese y mañana procuraremos llevarla a sus brazos.

Estaba rendida. Al fin y al cabo era una niña, más o menos fuerte, pero una niña no acostumbrada a las penurias de la vida.

Al amanecer, quedase Tom dormido y sueña. Veíase rodeado de nieves y de osos, uno de los osos, ¡qué cosa más extraña!, tenía los mismos ojos de Nancy. La nieve caía en grandes copos y los osos iban sepultándose bajo la nieve; todo el mundo se sepultaba bajo la nieve (hasta su propio corazón). La nieve era lanzada por Nancy desde una nube muy blanca, para que los sepultase a todos... Pero la juventud es exigente... y otra vez había venido la primavera... y parecía que todo el mundo estaba enamorado... Las rosas florecían en los ruidos y los trinos en la alada muchedumbre repintada y alegre... Todo cantaba al amor: los pájaros en sus nidos, los perfumes en las flores, las fuentes sobre la lava que las guías las prestaban y en su oído las palabras que los labios de la amada modulaban armoniosas... Se veía en un jardín muy bello, rodeado de músicas y flores y rodeado en sus brazos a la bien amada... a Nancy, la suprema alegría de su vida, y veía como sus labios, arrojados y amantes, se acercaban a los suyos y le besaban. ¡Le besaban!

Se despertó: Oh desilusión... El que le besaba era su caballo, que girando la cabeza por entre las tablas rotas, le daba los buenos días cariñosos. Hacía frío. Se levantó y cubrió con su manta el cuerpo de la amada niña, que sonreía quizá a impulso de un bello sueño que la besaba el espíritu con su aliento perfumado... Amanecía. Día gris. La tempestad continuaba, aunque con menos frenético impulso. Se acerca un momento al borde de la muchacha que duerme y le pasan las horas en estática contemplación... Y así empieza la mañana del segundo día.

Siempre, que encontró una baraja sobre la mesa del refugio, hace solitarios para ver si logra distraer su espíritu poco acostumbrado a tan intensas emociones...

A su espalda, Nancy, ya despierta, le contempla y le admira. Se va deslizando, sin ruido, del duro lecho que durante la noche la recibiera. Por su mente de millonaria caprichosa, cruzan las impresiones que le asaltaron el día anterior y compren-

de la nobleza de aquel hombre, en cuyos ojos ha visto un amor que su talbe proceder acredita...

Nancy se sienta en la mesa en que Tom continuaba el juego, imperturbable.

Tom la ha sentido; pero no quiere levantar la cabeza.

—Ha descansado usted bien, señorita — la dice.

—Sí. ¿Y usted? — le contesta humilde.

—También. Gracias...

—Me he conducido muy mal con usted y me arrepiento...

—No se preocupe. Ya me he acostumbrado...

—¿No le simpatiza a usted, verdad?

—Cuando un hombre ha sido puesto en ridículo una vez, nunca volverá a por más...

—¿Nunca?

—Nunca.

—Siento haberme portado tan mal... pero esta mañana me ha echado a perder el sistema nervioso...

Tom, que ha dejado de jugar, y frente a ella, la contempla, dice extrañado:

—Cuando se ha vivido aquí algún tiempo, parece que la voz de Dios se deja escuchar en el murmullo de las fuentes... y en el suspiro de las frondas... El alma de los bosques nos habla de nuestra pequeñez; el amor cantar de la fuente nos dice en las horas tranquilas cosas mil, que mejor son para sentidas, que para contadas sin sentirse halagado por su triste sonido.

—Dígame usted, «Hombre de Nieve», ¿qué le cuentan las fuentes?

—Me dicen que viva conforme a los preceptos divinos... porque algún día me llegará el mayor de sus dones... la mujer... Una vez, casi creí haberla encontrado.

Nancy baja los ojos, ruborosa... Sabe cuando Tom creyó haber encontrado a la mujer, y al oírlo de sus labios, una alegría infinita inundó su alma feliz, y pregunta:

—¿Y qué sucedió?

—Que me equivoqué — responde Tom con un suspiro que le cierra el alma a los labios y que muy cerca recoge el alma gemela a la que iba dirigiendo.

Están muy cerca uno del otro. Sus ojos se buscan ansiosos de poder reflejar una dicha...

La felicidad, anidando en sus corazones, pone en su boca mil frases amantes, y en sus labios ardorosos, mil besos. Se besan con frenesí, largamente, intensamente, sin preocuparse de lo que les rodea, como si fuera de sus besos, sus amantes frases y sus miras, no existiera en el mundo nada digno en qué posar un pensamiento.

Cuando se hubo pasado aquel momento, y ya seguros de su felicidad, se vieron ambos, con honesta pregunta Nancy a su adorado:

—De manera que el «Hombre de Nieve» se desdijo por fin... a pesar de que dijo que no volvería por más?

—Sí — contestó él. — Se desdijo por el fuego de tus ojos y por la flama que encendieron en mi corazón.

—¿Y me querrás siempre?

—No lo dudes, mi reina... ¡Toda la vida!

Casi les sorprenden abrazados los hombres de la brigada de la plantación San Sebastián, que por encargo de su padre buscaban a Nancy desde el día anterior, y que en aquel momento llegaban



al refugio, alegres por haber encontrado a la señorita y por poder dar al señor Brewster la alegría más grande de su vida, pues ya el pobre señor creía haberla perdido para siempre.

—Bienvenidos, intrépidos salvadores, a esta humilde cabana — dijo Tom a los que llegaban, abriéndoles las brazos lleno de feliz contento.

Preparáronse para marchar rápidamente. La tempestad había cesado en su furioso empuje. El sol, por algunas partes, luchaba a brazo partido con las nubes, desgarrándolas con el poderoso taje de sus rayos.

Tom y Nancy se despidieron de la casita, que al ser besada por un débil y pálido rayo de sol, parecía atónita, luminosa y bonita. Por la mañana así se les aparecía en el instante de alejarse de ella a los enamorados.

Cuando al volver un recodo perdieron de vista a la casucha, preguntó Tom a su adorada:

—¿La olvidarás?

—Jamás!

## VII

Se acerca el día de la carrera, en que el Gobierno dará la concesión de terrenos a la Compañía cuyo representante seale las pertenencias y lleve primero a la Oficina de Registro.

Momentos antes de consentir la carrera, se encuentra Nancy en su casa y en plena discusión con su pretendiente Francis Earle.

El está agitado, nervioso, a pesar de la calma con que se desechaba su pretensión por centésima vez.

—Esperaré otros tiempos más favorables — dice a Nancy con serena — para volver a repetir mi cariño en el que tan queres creer.

—Te contestaré siempre que no! Vete resignando porque nunca te responderé afirmativamente.

—¿A qué?

—¿Qué?

—Nada... — dice Earle viendo entrar al padre de Nancy que viene a buscarle para ir a presenciar la carrera que tanto le interesa.

—Supongo — la dice en voz baja — que te has enamorado del alambre de Nieve.

Una burlona carcajada de Nancy recibe sus palabras.



Los tres para el puerto de madera, por allá un alambre de impenetrable alambre

—Vamos, Francis, no te entiendo, ya charlaré más tarde... Todo está listo aquí. Vamos a la Oficina de Registro a presenciar el final.

—Sí, vamos; ya hablaremos más tarde — dice, y cierra los puños, furioso por el desprecio con que ha sido tratado.

—Date prisa a regresar — dice Nancy burlona — y te seguiré hablando del «Alambre de Nieve».

\*\*\*

El propietario de la «Alamo» está excitadísimo. Tiene toda su confianza puesta en Tom y pasea ante el su pequeña humilde gesticulante e impalme.

—Esta carrera tiene tanta importancia, Tom, que no puedo dejar de preocuparme... Las de la plantación de San Sebastián son mala gente; menos mal que Brewster es un hombre honrado, incapaz de la menor incorrección; pero su gente es de temer... Son malos, Tom; no te fíes de ellos, que harán cuanto puedan por impedir que geres la carrera.

—No tenga cuidado: No ocurrirá nada de particular y la ganaremos.

—En fin, muchacho, Dios lo quiera. Tu optimismo me da ánimos que casi tenía perdidos. ¿Vamos allá?

—Vamos, y no se apure usted.

El optimismo de Tom, es muy laudable: tiene confianza en sí mismo, pero no sospecha siquiera que unos cuantos canallas, dirigidos por Earle, están ultimando los preparativos que han de dar al traste con su seguridad en el triunfo.

Efectivamente: ocultos y creyendo que nadie les oye, cuatro hombres de cara patibularia rodean a Francis Earle que dicta sus últimos órdenes.

—Es preciso — les dice — que Connors gane! ¡Y es preciso que se interrumpa el paso de Tom Steele o de cualquiera que pueda llegar antes que Connors al Registro.

La única que ha escuchado sus extrañas palabras, es Nancy Brewster, que se aleja de aquel lugar decidida a jugarle la vida por salvar al hombre amado de las peligrosas en que la traición de Francis quiere hundirle caer.

\*\*\*

El día de la carrera amaneció espléndido. Inmenso gentío espera en el lugar de la partida a

los que han de tomar parte en la carrera, y aguarda impaciente la orden de salida.

En la oficina de Registro, Scotty Maettavish, propietario de la «Ajax» gesticulada y grita desahogado:

—Vay a protestar... Los de la Planta de San Sebastián han inscrito a cinco diferentes corredores... y cuatro de ellos, no tienen otro encargo que impedir que llegue primero Tom.

—Hágales vigilar — le dice pretendiendo calmarle, el empleado. — Nosotros no podemos impedir que Breuster inscriba a cuantos corredores le de la gana.

Salta del Registro y corre al lugar en que Tom prepara su caballo favorito. Llega a el fatigado, nervioso, y exasperado le dice:

—Tom, cuatro de los corredores de la «San Sebastián» no tienen otro objeto que no sea el impedirte llegar a la meta...

—No se preocupe y no haga el menor caso de ellos.

—Tienen mala cara — le dice su compañero Dan Bagley. — Vigíleslos mucho... Yo procuraré limpiarle el camino... Son muy mala gente, y sobre todo, se cansa de Earle, es de temer.

Los preliminares de la carrera comienzan. El delegado del Gobierno, en alta voz, señala las condiciones a que han de atenerse los corredores.

Tom busea con la mirada a Nancy; pero Nancy no está al lado de su padre que, como siempre, hemático, espera sereno el resultado.

Francis Earle sonríe burlón y avieso a Steele, y está su mirada preñada de amenazas.

Un tiro de revólver, da la señal de partida, y el grupo de corredores se lanza a la carrera con el impulso de los momentos primeros.

Vuelan los caballos, fustigados de continuo por los jinetes que animan a las bestias con sus gritos, y estalla un aplauso que cierra su sonoridad cuando los jinetes se pierden entre el polvo que al pasar levantan, al volver un recodo del camino real.

Las secuencias de Francis Earle han tendido un alambre sobre la carretera, cuando ha pasado Connors el corredor de la «San Sebastián». Pero no es él, el que cae. Uno de los jinetes que no le adelantaron, encuentra el obstáculo y rueda por el suelo sin sentido.

A galope tendido se dirige Tom al sitio donde la trampa le espera.

Pero Dan Bagley, su compañero, que ha dado un pequeño rodeo, llega antes, y revólver en mano, obliga a quitar el alambre a los de la enemiga plantación.

En aquel momento, y descomos de ganar el terreno perdido, pasa Tom a galope tendido, como una tromba. Un minuto de tardanza de Dan Bagley, y hubiese Steele terminado en aquel punto la carrera.

Connors, al de la plantación San Sebastián, lleva mucho terreno ganado, y tanto al como Tom se dirigen a la cuarta esquina donde la gente de Earle espera poder, con algún pretexto, detener a Steele. Pero, ajeno a sus intentos, eleva su estaca y grita su nombre, dispuesta a continuar su vertiginosa carrera.

Tratan de impedirlo los contrarios y gritan para ver de detenerlo.

—Tom Steele, el de la «Ajax», no dijo su nombre en la tercera esquina...

—No haga caso, Tom ¡siga corriendo! Es un pretexto para detenerlo — le dice Juan Hugby. — otro buen compañero que vigila.

Uno de los que forman el grupo, trata de detenerle y se agarra a las bridas del caballo de Tom; pero un golpe en ellas le hace soltar sin ganas de volver a probar detenerle.

—Dejadle marchar — dice el jefe — no os importa.

—¿Por qué? — preguntan todos, que estaban dispuestos a perseguirle.

—Si Tom Steele trata de cruzar el puente, se matará.

—¡Adelante, Tom! — ¡A ganar! — le grita Hugby, que revólver en mano, pretende cortar el camino a los contrarios. — ¡Adelante!

En la Oficina de Registro esperan impacientes las noticias de las distintas fases de la carrera. Breuster toma tranquilo, Scotty Maettavish pasea agitado y nervioso, y Francis Earle, sonríe, sobre todo cuando escucha de uno de los suyos:

—Apenas cruce Connors, vuela el puente... y así nadie más podrá atravesar.

Tom, en medio de la carrera, comprende que va a ser imposible alcanzar a Connors que monta un caballo ligerísimo.

Su única oportunidad para llegar a la Oficina de Registro a tiempo, es esgrimir una difícil jornada de dos leguas, a través de los ríos y barrancos de la sierra... Y a ella se lanza, aprovechándose de cuantos elementos encuentra a su paso.

Sólo resta pasar el puente de madera que salva un abismo de imponente altura, y ya por el camino real, llegar al Registro.

En la Oficina de Registro siguen los ánimos excitados, esperando ver llegar de un momento a otro al vencedor.

—No hay miedo de perder... Los muchachos supieron cumplir las órdenes recibidas... le dicen los hombres a Francis Earle.

En aquel momento irrumpe en el Registro como una tromba el propietario de la «Ajax» gritando al empleado del Registro:

—Uno de mis hombres me avisa por teléfono que la gente de San Sebastián está usando de malas artes... y esto no se puede consentir... Oiga usted Breuster... sus hombres son una gentuza. ¡Vive Dios, que me la ha de pagar al culpable!

Mientras tanto, Nancy Breuster, se ha dirigido al puente en el que la muerte espera a su marido, y simulando tranquilidad, dice dirigiéndose al hombre que acorcha la llegada de Connors para volar el puente:

—Soy la señorita Breuster... Supongo que ya tendrá el puente listo ¿eh?

—Ya lo creo! Están aserradas todas las vigas de sostén.

—¿Y caerá?

—¡Ya lo creo! Apenas intentó pasar, rodará Tom Steele al precipicio y no quedará de él ni rastro...

Los corredores se dirigen al puente. Connors está avisado de lo que ha de pasar; Tom galopa confiado, seguro del éxito, pues ya va a las afueras de su contrario.

Sabiendo que no puede cruzar el puente, Connors decide vadear el río, para salvar el peligro.

Tom, a dos pasos del puente, es detenido por una





sale con su caballo por la ventana de la oficina de Registro.

que de sobra conocida y que ante la extrañeza de el guardia, avisa a Steele del peligro que corre al atravesar el puente aserrado de artemisa. Conjugando la situación, y desesperado al ver que se le escapa el anisado triunfo, se lanza al inverosímil puente de tablas y cuerdas, que balanceándose sobre el abismo, impone hasta a los mismos peatones que lo cruzan, y vuelve al camino real, en el cual, el guardia burlado, le quiere detener amenazándole con el revolver.

—No te apures Tom— le grita Nancy.—No puedes hacer luego, porque aquí tengo todos mis certiduchos.

Tom Steele no se apura nunca; recoge a galope tendido a Nancy Brewster, que salta ligera a la grupa de su caballo, que vuela más que corre, animado por los gritos de Tom, y logra alcanzar al caballo de Connors, menos veloz e más fatigado.

Pocos metros faltan para llegar al Registro. De no llevar a Nancy a la grupa, la victoria de Tom era segura; pero es mucha peso para el caballo fatigado por el constante esfuerzo, y Connors llega antes a la puerta de la Oficina del Registro...

Pero Tom no está vencido; Tom tiene recursos para todo y valor probado en mil ocasiones, y salta con su caballo por la ventana de la oficina del Registro, sin temer a las vidrieras que la cierran, y haciendo penetrar a su cabalgadura en el salón, ante la sorpresa de los que contemplan la soberbia hazaña que le da la victoria cuando to-

dos, y hasta el mismo Scotty Mantavish, la daba por perdida.

\*\*\*

Unos días después de la carrera, y ya hechas las paces, conviven en la mansión de Brewster, éste y Scotty Mantavish, propietarios respectivamente de la vencida y vencedora compañía, en la carrera accidentada a que dio lugar el asunto de los terrenos del Duque, y cuenta Mantavish cómo a pesar de su poca estatura y auxiliado por sus músculos de acero, se vengó de Francis Earle, instigador de todo lo anormal que ocurrió en la dichosa carrera.

—De todo que me lo llevé al patio y le di una soberana paliza... Cómo sería, que lleva toda la cara, desde aquel día, cruzada por una infinidad de tiras de esparadrapo...—Nien.

Un poco retirados de los viejos y en el mismo salón, reclinados en sendas poltronas y cara a la lumbre, Nancy y Tom Steele se juran amor eterno.

Están sus manos enlazadas; sus bocas unidas en un beso silencioso y dulcísimo y sus corazones latiendo agitados al mismo compás.

Es el amor que triunfa y sella con un beso el pacto de dos almas buenas y enamoradas.

¡Juventud! ¡Juventud!  
¡Bendita sea!

MATEO SANTOS

POPULAR FILM



TOM MIX Y SU FAMILIA